

R. 50679. P. 410

S E R M O N  
DE LA AGONIA  
DE  
NUESTRO SEÑOR,

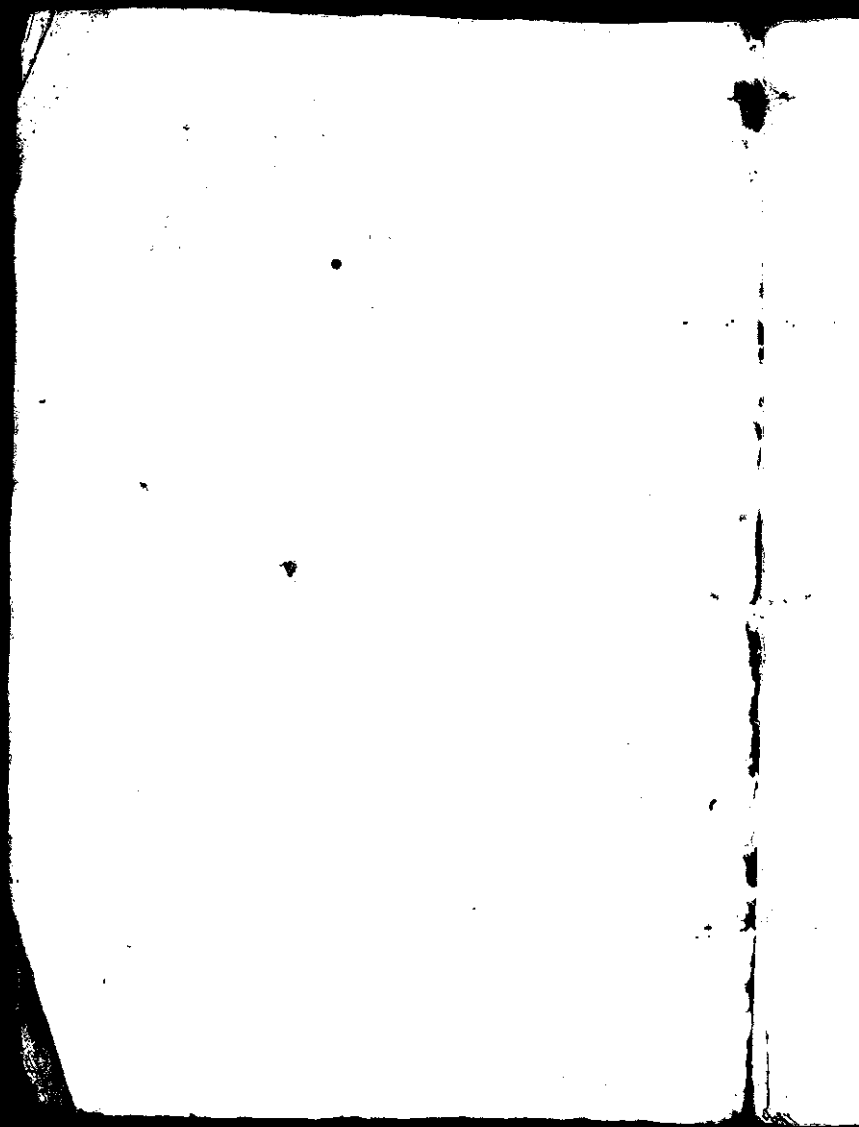
QUE EN EL VIERNES SANTO  
del año de 1795. predicó en la Parro-  
quia de San Benito

D. FERNANDO REGUERA,  
Cura que fué de Arines.

*Está dividido en pateticas meditaciones  
à las siete palabras, que pueden servir  
para todos los Viernes del año, y es-  
pecialmente para el Viernes Santo.*

CON LICENCIA EN SANTIAGO:

En la Imprenta de D. Sebastian Mon-  
tero y Frayz, Impresor de la Santa In-  
quisicion. Año de 1796.



AL MUY ILUSTRE SEÑOR  
D. DOMINGO  
PEREZ CORREA,  
CANONIGO DE LA SANTA  
A., y M. Iglesia de Señor  
Santiago.

**D**irijo à U. S. esta obrilla por obligacion, y por voluntad; porque quando mi Gracitud empeñada en un numero infinito de favores se desahoga con este público testimonio; mi Afecto se complace en los distinguidos meritos de U. S. No háblo de los que U. S. ha contraído en la dilatada, y penosa carrera de la Marina; otra pluma, y otro espacio se necesitaba para expresar dignamente la intrepidez de U. S. en lo mas terrible de los combates para auxiliar à los heridos, y moribundos, la serenidad en lo mas furioso de las borrascas para  
ele-

elegir los animos aterrados, y abatidos, la conformidad en los trabajos de prisionero para exemplo de los demás: finalmente la prudencia en un tan delicado ministerio Pastoral, como el de un Navio; por ahora solo me ciño à esa noble honradez de carácter, à esa amable franqueza de genio, à esa dulce afabilidad de trato, à esa respetable integridad de costumbres, y à esa grandeza de Alma, y generosa Bondad de corazón, que encantan à quantos tienen la dicha de tratar, y conocer à U. S,

El obsequio es muy corto; pero mirando à la devocion, y piedad de U. S., y al zelo, con que desea que se propaguen estos religiosos sentimientos; pienso, que le será muy agradable.

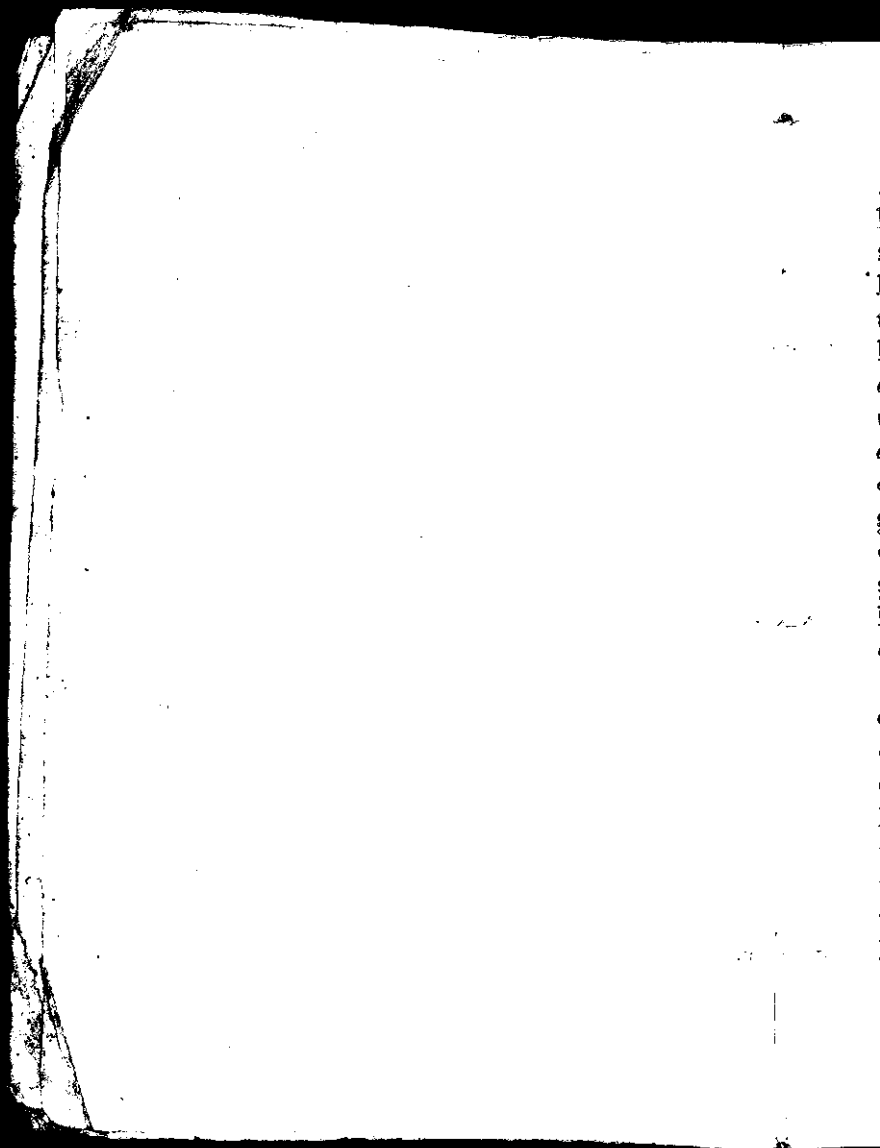
Nuestro Señor prospere à U. S., muchos años.

B. I. M. de U. S.  
su mas obligado, y rendido Servidor.

A. R.

## ADVERTENCIA.

De el Sermon de la Agonia, que ha gustado à muchos, y quieren verlo aun otra vez, y otros desean leerlo; por que no lo han oido, no se puede comunicar sino la letra; esto es un cuergo inanimado sin el espiritu, el gesto, el tono, y la accion de un hombre todo inflamado con el objeto, que tenia presente, y que queria imprimir en los corazones de sus oyentes. Ni aun las voces, y espresiones de este borrador son las mismas del Sermon; porque arrebatado el Predicador, y lleno de entusiasmo con la presencia de su objeto, se elevò sobre sí mismo con aquella patetica eloquencia, que solo produce una Alma sensible en el instante mismo, que se halla agitada de una grande passion. Todo el está sembrado de especies, y frases de la Sagrada Escritura, cuyas citas podian dar lucimiento à las margenes; pero como suele decirse, los Doctos no necesitan esta advertencia, y al Vulgo no le importa, à no ser que se quiera adquirir para con el credito de erudicion; pero esto seria desviarse, y aun hacer injuria al caracter sencillo, y verdaderamente grande del Autor, que debe conservarse en una obra suya.



**A** Que sois llamados queridos hermanos míos? Que escena lugubre es la que se presenta à vuestros ojos? Ojos mundanos, que es lo que veis? Un arbolillo, y un bastago, que brota de una tierra seca, un hombre moribundo sin hermosura, ni esplendor, un objeto de desprecio, el mas infimo de los hombres, un hombre de dolores: mirais un reo cargado de las mas feas iniquidades, y que es reputado mas bien como un vil gusano de la tierra, que como racional: que ha llegado à ser el oprobrio de las gentes, y el desprecio de la plebe, que lo juzga aun indigno de vivir: un atroz delincente es el que se os presenta, que agoviado con el peso de los delitos sufre el ultimo, y mas infame suplicio: otros en este estado excitan la compasion; pero con este, los que lo presencian, usan de las mas crueles burlas, lo llenan de vituperios, y lo insultan moviendo la cabeza: un hombre abandonado, sin socorro alguno, sobre quien se han arrojado como Leones los que lo han hecho perecer, han hecho correr su sangre, como arroyos

de agua, y han dislocado sus huesos, han horadado sus pies, y sus manos, y han estendido su cuerpo sobre aquella Cruz con tanta violencia, que uno por uno se pueden contar todos sus huesos: un Pueblo numeroso no ha respirado sino su muerte, y se regocija en verlo de esta suerte. ¿Y para esto somos convocados, dirèi? Hay en este Expectaculo cosa, que atrayga nuestra vista? Un Reo en el patibulo puede servir de grande asunto para nuestras reflexiones? Se querrà acaso excitar la compasion àcia un hombre, con quien Dios se muestra sordo; porque en el parece, que vè las iniquidades en mayor numero, que sus cabellos? Pero, pensamientos carnales, donde vays à parar con vuestros desvarios? Asi las exterioridades os fascinan? Mirad, mirad bien aquel rostro? No os parece que està como escondido? Parece despreciable, y sin duda no lo havèis conocido. Los malos le hicieron caer en el lazo; el es justo sin duda: sabed, que ha sido trahido à la muerte, como una Oveja que vá al matadero; tal ha sido su mansedumbre en todos sus

tormentos, que permaneciò en silencio, sin despegar sus labios, como un Cordero delante del que le trasquila. O Dios! y vos allà en vuestro Santuario permanecéis tranquilo sin venir à socorrerlo ¿ Como se puede comprehender esto? Adorable Religion, tu sola puedes aclarar estos prodigios. Un solo rayo de tus luces basta para hacernos ver, à que somos venidos: yá te oímos, Virtud santa, yá te oímos con asombro: el eco penetrante de la Fé nos anuncia, que el mismo Dios está ahora egerciendo su infinita justicia con este objeto doloroso, que tenemos à la vista. Pero estremezcanse los mismos Cielos! Que es lo que continúas diciendonos! En su mismo Hijo es, en quien descarga el terrible golpe de su indignacion! Este Dios terrible, y justiciero, el Señor de los Exercitos ha dicho: ò Espada sale de la bayna contra el hombre, que se mantiene unido à mí; porque es un Dios hecho hombre, y tiene ni misma naturaleza. O! Misterio incomprehensible! Misterio Sagrado de la Cruz, que has sido escandalo para los Judios, y locura para

para los Gentiles! Quien te podrá com-  
prender? Tu eres el que mas oposicion  
haces al corrompido corazon del hombre,  
el que ignora el mayor numero de los  
mortales, y aun de los Christianos. El  
despreciado, el abatido, el miserable, y  
el vituperado es exaltado, ensalzado, en-  
riquecido, y glorificado, si la fé te nos  
descubre; porque en el vemos la confor-  
midad à la Imagen del Hijo de Dios,  
que quiso voluntariamente ponerse en esta  
situacion. Tu eres el que haces la sus-  
tancia del Christianismo, y el que debe  
quedar mas profundamente gravado en  
nuestros corazones. Si, amados mios, el  
Misterio de Jesu-Christo, y de Jesu-  
Christo crucificado es el que debemos  
comprender, y entender, como que de  
el depende toda nuestra salud. Se puede  
decir sin hiperbole, que toda la ciencia  
de un Christiano está contenida en la  
de Jesu-Christo crucificado: El que está  
bien instruido en esta ciencia, el que la  
ha estudiado, y meditado, puede estar  
seguro de que nada ignora de lo preciso  
para ir al Cielo. \* Este Articulo es la

\* 1. Cor. 11. 2.

basa fundamental, en que está apoyada la Religion Christiana.

Dios Sabio, yá Vos proveíais desde la Eternidad, que no podíais presentar cosa mas remota de la razon humana; por eso desde el pecado de nuestros primeros Padres no cesasteis de anunciarnos la muerte de vuestro Hijo: las mas expresivas figuras, como que se la hacian ver à nuestros Abuelos, los labios de los Profetas la pronosticaban sin interrupcion. Sabiduría infinita, quien será capaz de referir el admirable orden de tus designios? La serie arreglada de sucesos, que ahora vemos cumplidos, anuncia claramente, que todo lo penetras, y alcanzas: tu nos presentaste un Abel inocente, muerto por la embidia de su hermano. El Sacrificio del manso Isaac, un Cordero inmolado por los Judios à la salida de Egipto, y buelto à inmolarse todos los años en la fiesta de la Pasqua, una Serpiente de brence, levantada por Moisés en el Desierto; todo, todo lo dirigisteis à vencer estas dificultades, que conociais, havia de tener el debil y vano discurso del hombre en en-

ten-

tender este misterio; sin embargo de lo importante que le era el llegar à ello, porque si vos no lo dijerais, sino prepararais el entendimiento humano por los Divinos vaticinios; como podría persuadirse que el Hijo de Dios, y Dios como su Padre, se havia de abatir à la bajeza de Siervo, y sujetarse à la infame muerte de Cruz por redimir al hombre miserable?

En este misterio hallamos el modelo de todas nuestras acciones, el exemplo de las mas heroyeas virtudes, un excelente preservativo contra todos los vicios, y un maravilloso remedio contra la corrupcion de nuestras desarregladas pasiones. Este dia es el resumen de los prodigios, que el Hijo de Dios ha hecho en su vida, y es la leccion mas eficaz, que nos ha dado; porque en el ha cumplido todo lo que havia enseñado, mientras havia predicado sobre la tierra. Virtudes de los Filósofos, que tanto ruido presumisteis hacer sobre la tierra, pretendereis aun formar nuestros corazones? Ah! A la vista de un Dios moribundo, de un Dios lleno de amor, y de bondad. ¿Soys mas que vanidad

dad, y orgullo, que fantásticamente cubristeis con el velo de la Justicia la mas execrable soberbia? Titulos vanos de humanidad, y beneficencia que ocultais la sedicion, el robo, y los homicidios, y la rebeldía contra las legitimas Potestades ¿podreis cotejaros con el Amor, con la Justicia, y la Mansedumbre, del que nos enseña à presentar la otra mexilla, despues de haver sido herido en una? Con la subordinacion del que daba al Cesar, lo que era del Cesar, con ser Señor de los que dominan? Este Divino, y lastimoso objeto os confunde, os hace desaparecer como el humo. Si teneis algo de bueno, no es mas que el ser privacion de otros vicios mas groseros. Mortales este es el Libro que debeis leer, à Jesu-Christo, à Jesu-Christo crucificado: registrado crucificado en estas tres horas, en que se redoblan sus penas, fijad vuestros ojos en aquella Cruz, y observad sus dolores: porque aquella es la Cathedra desde donde nos instruye. Pero deteneos, reflexionad antes con cuydado, que este Misterio no consiste solamente en registrar  
por

por uno, y otro lado tantos objetos funestos, y melancolicos, tantos instrumentos de la saña, y crueldad, como la Fé nos representa, sembrados por todas partes para castigar en este adorable cuerpo, que teneis à la vista, el desarreglo de los nuestros. No consiste solamente en ver un Jardin inundado de sangre, una Columna teñida de purpura, y las Calles de Jerusalén bañadas en la misma sangre, y las manos de sus crueles Verdugos aun mas manchadas de ella. No es esto solo; este grande Misterio no es solamente el ver por una parte un Dios vendido, al qual le hace traycion uno de sus Amigos, aquel hombre con quien vivia en paz, y en quien havia puesto su confianza, y que comia à su Mesa; ver por otra à un Dios burlado, aborrecido, azotado, puesto como un Rey de farsa, cargado con el instrumento de su muerte, y en fin à un Dios moribundo sobre esa Cruz, cubierto su Cuerpo de heridas desde los pies à la cabeza, sin que se pueda descubrir en el parte sana, pareciendo todo una sola llaga. No consiste solo en ver

à un Dios, que ha querido ser mirado  
 como un hombre leproso, herido de la  
 mano rigurosa del mismo Dios, y mira-  
 do como un hombre maldito para alcan-  
 zarnos la salud eterna, para conquistarnos  
 el Cielo, y merecemos todas las gracias,  
 que necesitamos para entrar en él; consiste  
 tambien, amados míos, este gra: de Misterio,  
 en que no podemos salvarnos, sinó su-  
 friendo, y padeciendo à exemplo de Jesu-  
 Christo: consiste en que el que quiera  
 acompañarlo en sus triunfos; debe negarse  
 à sí mismo, cojer su Cruz, y seguirlo.  
 Si convino, que Jesu-Christo, que es  
 nuestra cabeza, sufriese, fuese humillado,  
 calumniado, y perseguido personalmente  
 mientras vivía; es menester tambien, que  
 sufra en su Cuerpo mistico, en sus miem-  
 bros, en sus Discipulos las mismas per-  
 secuciones, y contradicciones. Há sido  
 necesario que Jesu-Christo careciese de  
 todo, lo abandonase todo, lo aborreciese  
 todo; sus Discipulos deben pasar por las  
 mismas pruebas. Oh Mundo! Quien  
 podrá imbuirte de estas maximas! Tu  
 juzgas de todo de muy distinto modo,  
 de

de un modo muy contrario, y por desgracia los mas seguimos tus errados juicios: despreciamos al Justo, porque es contrario à nuestro modo de vivir, nos reprehende las transgresiones de la Ley, y nos deshonra, haciendo ver el desarreglo de nuestra conducta: su vista sola nos es insoponible; porque su vida no es semejante à la nuestra, y prefiere à los bienes, que nosotros amamos, los que el espera despues de su muerte, y solo se gloria de tener à Dios por su Padre. Estos son tus pensamientos, Mundo impio, y con ellos nos estraviamos nosotros; porque nos ciega nuestra propia malicia. Pero à la vista de este Dios lleno de dolores no acabaremos de desengañarnos de tus falsas ideas? Tendremos mas en consideracion tus frivolos, y vanos dictámenes? Tu has despreciado la Sabiduria eterna, y hecha carne, la has hecho pasar por estravagancia, la has juzgado digna de la muerte, y estás haciendo morir efectivamente al Autor de la vida. Que engañoso eres, que falso! Quien te podrá creer? Quien pondrá en ti su confianza? Pensemos pues

Chris-

Christianos, meditemos, pensemos profundamente este adorable Misterio en estas tres horas de Agonía, penetremos vivamente de todos los dolores, que está padeciendo nuestro Divino Maestro: notad la diferencia infinita, que hay de sus tormentos à los nuestros. Nosotros si padecemos, es por asemejarnos à un Dios, que primero nos há amado à nosotros; y este Dios es atormentado por glorificar, y engrandecer à los que eran dignos de su odio, è indignacion. Oh! quien pudiera imprimir en vuestros corazones estas ideas de confianza, y de sentimiento, ideas que abaten nuestros orgullosos pensamientos, al ver que todo se lo debemos à aquella sangre, que aun está corriendo de aquellas Sagradas venas, sin que nosotros tengamos mas que la abominacion, y maldad, causa de tales tribulaciones, idéas al mismo tiempo que alientan al mas desmayado espíritu, poniendole à la vista tan grande Fiador de nuestras innumerables deudas, Espiritus Angélicos, y Celestiales, vosotros, que intimamente os conmovisteis al ver que el Padre Eterno

con-

condena con el mas fuerte rigor de su Justicia à la muerte mas acerba à su Hijo, herid nuestros corazones con vuestros tristes clamores; porque no puede haver mortal, que pueda hacer sentir como se debe à sus semejantes la causa de tantos males, como acercan al Hijo de Dios; hacedles ver, que nosotros la somos, que nuestros mas feos delitos, con que se vé cargado, y revestido lo tienen avergonzado, y llenan todo el Mundo de tristeza, y horror. Con la virtud, que os concedió el Altísimo, juntad todas las Criaturas del Universo, para que todas juntas nos lo hagan conocer. Y es necesario todo esto? Tu corazon mismo no te lo dice, Christiano? El te lo dice, y bien claro; pero sus voces se desvanecen, como el eco en un dilatado bosque. Receje esas voces, Christiano, que son las del mismo Dios, grávalas en tu pecho con la reflexion, y meditacion. Sonoros instrumentos, que en otros dias de Fiesta hicisteis resonar con alegría las grandezas del Señor; en estas tres horas podéis contribuir en gran manera à esta grande obra.

obra. Nunca mejor se empleará el armonio o sonido de vuestras cuerdas, y agradable dulzura de vuestras voces, que en sostener los tiernos sentimientos que han excitado las devotas reflexiones del Misterio adorable de nuestra Redencion. Musica Sagrada, comunica tu fuego casi Divino à mis débiles expresiones, llena de un sobre-natural entusiasmo à los que van à meditar, y recoger todas las especies sueltas, que acabo de verter, con que se empeñen en imitar el afligido objeto, que tienen à la vista. Conviertanse ahora tus sonos alegres en gemidos, y yá que tienes tanto poder sobre los afectos, excítalos ahora los mas dolorosos, los mas vivos, y mas amargos. Tus lugubres consonancias destierren de nuestra imaginacion el regocijõ, y el placer. Si tuvimos la dicha de que nuestra meditacion nos há sumergido en el lago del dolor, y mar de nuestro llanto; acompañanos, y no nos desampares en nuestras profundas meditaciones, ni permitas la menor disipacion, quando vamos à observar las palabras, los movimientos, y los

ultimos instantes de la vida de un Dios  
 inmortal. Ayudanos à recojernos dentro  
 de nosotros mismos, à saborearnos con  
 el silencio, y las tinieblas horroresas que  
 cubren de luto el Universo, y à colocar  
 nuestra atencion en el Calvario, en donde  
 podamos oír los ultimos suspiros de  
 nuestro Redentor; pero antes invoque-  
 mos al Eterno Padre, yá que de el  
 depende esta misma gracia. No podemos  
 hacerlo mejor, que usando de la Oracion,  
 que ese Salvador moribundo nos ha  
 enseñado: resolvamonos, pues aunque  
 indignos à decirle: PADRE  
 NUESTRO, &c.

*Esta, y las demás Pausas las  
 llena la Musica.*

## PRIMERA PALABRA.

*Padre, perdonaos, por que no saben lo que hacen.*

Y, amados hermanos míos, no puedo menos de interrumpir vuestra devota Oracion. Nuestro Salvador vá sin duda à fallecer. Ah! Dios mio! no le veis con el mas expresivo afecto fijar los ojos en el Cielo? Parece, que quedara en blanco, si habrá espirado! Y no se permitirá à una imaginacion acalorada expresar lo que le hace ver su dolor? Amados míos, yo me tómo esta libertad: me parece que podia aseguraros, que le he visto hacer un esfuerzo para desprender sus adorables brazos de aquel madero. Si será el ultimo extremo, que hacen sus afligidos, y quebrantados miembros! No; vive aun: en la postura mas humilde quería levantar sus manos al Cielo, yá ván à moverse aquellos labios, y aquella lengua, que no profería sino palabras de vida eterna. Hablad, Señor, que vuestros Siervos oyen: con que eficacia se dirige

à su Eregno Padre! Padre mio, le dice,  
Perdonalos; por que no saben lo que  
se hacen.

O mi Salvador, que es lo que decís?  
Como hacéis tal súplica à vuestro Padre?  
Así es olvidái de vos mismo, y de lo  
que padecéis? Ni aun tomáis tiempo para  
quejaros, y desahogar vuestro afligido  
corazon contra un Pueblo ingrato, que  
ahora, ahora mismo es está insultando,  
y haciendo mas dolorosa vuestra muerte.  
Ah! solo os acordais de hacer beneficios,  
y de recomendar al ju to Juez unos Reos  
infames, que no merecen sinó vuestra mis-  
ma indignacion! Mirad por quien pedís,  
mi Jesus. Quien será capaz de disculpar  
sus delitos? Su lengua ¿no há sido como  
el arco tirante, de donde no salen mas  
que mentiras, y calunias contra Vos?  
¿No se han fortificado en la tierra, para  
ir de un mal à otro, y sostener un delito  
con otro delito? Han aprehendido el modo  
de adorar la mentira, se han atormentado  
mucho; pero en hacer mal, su habitacion  
es en medio del engaño: Si fuéramos  
capazes de dades consejo, os diríamos con

el más profundo respeto, que los abandonaseis, que dejaseis ese Pueblo, y el Mundo, que tanto os há perseguido, y que há procurado arrojaros de sí. Pero que distantes están los pensamientos, y sentimientos de Jesus crucificado, de los de los hombres! Quien podría esperar à vista de tanta crueldad, y de tantas iniquidades, que el no tuviese mas que sentimientos de amor, y de paz con los mismos, que causan sus terribles tormentos? Ahora es quando se muestra mas compasivo: en otras ocasiones, quando este Pueblo no havia llegado al extremo, lo vimos, como irritado contra él: raza infiel, aun estaré con vosotros mucho tiempo, le oímos decir, y quando cesaré de aguantaros? Que diferencia entre una, y otra situacion! Entonces que le pedian milagros, los reprehende, y ahora que lo insultan, pide por ellos, y à quien? A un Padre que lo ama infinitamente, y que por lo mismo está irritado justamente por ver su Hijo lleno de oprobrios, à un Dios, que ya previendo esto, tenia dicho à un Profeta: cesa de rogar por ese

Pa

Pueblo, no emplees por él oraciones, ni canticos de alabanzas, y no te opongas à mi voluntad; porque no te oiré: Noé, Daniél, y Job, se salvarían en medio de él por su Justicia; pero una, dos, y tres veces lo digo, ellos no libertarían à sus propios hijos. Oh! vos estais viendo la indignacion de vuestro Padre, y no obstante pedís? Tiene dicho que no oirá à los mas justos, y vos le rogaís? Bien sabeis, que él siempre os oye, y lo tenéis asegurado: cierto de esto le pedís con eficacia: no; no es por el bien parecer solamente, el corazon es el que habla; porque realmente está enternecido por esos miserables, que están procurando su perdicion; porque sabeis, que todo lo podeis conseguir de vuestro Padre, aun quando se reviste del mayor furor, y amenaza al Universo, haciendo temblar sus mas encumbradas montañas: aun por eso le pedís; y que fuera de nosotros sin estos vuestros ruegos? Ay Fieles! nosotros nos indignamos contra aquel Pueblo, y estrañamos el modo de portarse Jesus, con los que lo persiguen, y no nos hacemos

eemos cargo, que estamos pronunciando  
 nuestra terrible Sentencia. Pensays, acaso  
 que aquella eficaz súplica se ceñía pre-  
 cisamente à aquel puñado de hombres,  
 que en Jerusalén mataba à su Criador?  
 Se extendía à todas las Naciones, y à  
 todos los siglos; así como no havian de  
 ser ellos solos los que lo perseguían; sinó  
 tantos, que aun convencidos de sus pro-  
 digios, havian de tener el atrevido intento  
 de querer despojarlo de su Divinidad; así  
 pidió por todos, todos los tubo pre-  
 sentes, sus mayores enemigos lograron,  
 que los mirase con mayor ternura. Pue-  
 blos vecinos, y en otro tiempo amigos  
 nuestros, desde aquel madero os miraba  
 con compasion vuestro Redentor, conoce  
 vuestras tropeías, que lo arrojaríais de  
 entre vosotros, y de vuestros Templos  
 para colocar en ellos unas virtudes quizá  
 farisaicas, las obras de vuestras manos, ó  
 mas bien las cabilaciones de una imagina-  
 cion fogosa, y atolondrada. Vos lo arro-  
 jais de vuestras Ciudades, como los  
 Israelitas lo hecharon ignominiosamente  
 de la Ciudad de Jerusalén, y no obs-  
 tante

tante esta afrenta que el vé, dice perdona, Padre mio à este Pueblo ciego, que no sabe lo que hace. Me parece que al ver esta Nacion entera, cuya ruina actualmente lloramos, le oigo repetir lo que en otro tiempo Jeremias pidiendo por su Pueblo, quando Dios le decia: Quiero perderlos; Ah! Ah! Ah! Dios, y Señor, sus Profetas los engañan: no vereis que le digan peste, ni hambre: sinó; gozareis de verdadera paz. Cefés de ese Pueblo, vosotros profetizais. . . . . Pero quando mi Dios está pidiendo por ellos; yo acriminaré sus delitos? Oh mi Salvador! Tus ruegos, y merccimientos les sean aplicados!

Y à donde voy buscar los perseguidores de mi Jesus? Será necesario, que mi pensamiento se heche à vagar por otros Reynos? Nosotros, nosotros mismos fuimos el tierno objeto de la compasion de ese Dios: por nosotros pidió el perdón; porque nosotros lo estabamos maltratando, y causandole mas dolores en su espiritu, que los que padecia su inocente Cuerpo? Que veia entre nosotros, sinó una tropa  
de

de prevaricadores, que havíamos de des-  
 preciar esa Sangre adorable, que derramaba?  
 No obstante nos disculpa. No saben lo  
 que hacen, Padre mio, están ciegos, sus  
 pasiones los entorpecen, perdonalos. Así  
 intercedéis por los que tan crueles son  
 con Vos? O Christianos, que conservais  
 tanto tiempo el odio à vuestros hermanos  
 por una vagatela, avergonzaos, confundios.  
 al ver, quan atento se muestra con vos  
 vuestro Criador en el mismo instante,  
 que le estais mortificando, è injuriando  
 atrozmente. Mirad, que este es un pre-  
 cepto, que os impone desde aquel sitio,  
 quando está para morir, y que os lo  
 intima por tantas bocas como tiene de  
 llagas. Infelices de nosotros, si à vista de  
 tanto amor, conservamos en nuestro cora-  
 zon el menor resentimiento! renunciemos  
 para siempre su preciosa herencia; por-  
 que no podemos llamarnos hijos suyos.

*Hoy serás conmigo en el Paraíso.*

**S** Alvalor mio, reflexionamos profundamente vuestro amor para con nosotros, como os corresponderemos? Como os consolarémos en vuestra agonía? Si fuerais como los demás hombres, os aliviaríamos vuestras penas con presentaros compañeros en vuestra muerte. Pero ò mi Dios! que delirio! Perdonadme tan grosera imaginacion: unos salteadores, ò unos reos de muerte pueden cotejarse con la Inocencia, y la Santidad? Solo tu, Malicia de los mortales, tu que siempre inventas agudos ardides, para perseguir al Justo, tu pusiste al Señor de lo criado entre dos facinerosos, para hacer afrentosa su muerte, para que sus delitos sirviesen de velo à la inocencia. Infelices, y desventurados, yà que vuestra justa muerte no pueda servir de asunto para suavizar las penas del Justo, vosotros, que toda vuestra vida anduvisteis huyendo de la luz, aprovechaos de los rayos de ese Sol, que

en su ocaso mas resplandece. Aunque soys indignos de tal compañía; con todo eso tuvisteis la dicha de conseguirla: acercaos à él, recibid la luz, y jamas se verán cubiertos de confusion vuestras semblantes. Pero que ciego està<sup>o</sup> aquel de la izquierda! En medio de las ansias mortales, que padece, no pierde su ferocidad, como un furioso Toro parece quisiera despedazar con la vista los mismos, que compadecen su muerte: sus ojos despiden un fuego infernal, su lengua de vivora parece, que està pronunciando la muerte: Oh Cielos! Que blasfemo! No le oisreis insultar à la misma mansedumbre? Al que no le causò su justa muerte; sinò al que quiere hacerlo feliz? Con que rabia, Oh mi Dios! solo esto es faltaba para apurar vuestro sufrimiento. Con que escarnio le dice: Si eres Christo, librate, y libranos de este suplicio. Ah infeliz! pudiera hacerlo; pero si el muere por ti, porque tu no has de morir por tus delitos? Tu apeteces una vida carnal: no, no pienses, que te la conceda; no es esa la que le ha costado tanta sangre. Tú

compañero lo conoce mejor, y sin embargo de haverse bebido como agua hasta ahora los delitos, se horroriza de oírte. Tu no temes à Dios (le dice) Nosotros recibimos la pena debida à nuestros delitos; pero Jesus no ha hecho mal alguno. Ah feliz Ladron! Tu te humillas, te condenas à ti mismo, y conoces la inocencia: mucho tienes adelantado, para participar de este momento de las misericordias: bien puedes pedir, porque todo se te concederá. Tu pides como debes, pides con fé, y sin titubear; ese otro desventurado pide mal, pide para satisfacer sus malos deseos; y por esto no logra. Yá, fides, ocupado su corazon de la mas ardiente esperanza, se atreve à pedirle, que se acuerde de el, quando huviere llegado à su Reyno. Oh! grandeza del Salvador, como te manifiestas segun tus incomprendibles desiguos! Un Ladron te conoce, quando está para cerrar los ojos para siempre, quando todos te miran como un leproso, y abominable, como à un vil despreciable: te confiesa Rey, y Señor, el que jamas temio

mió à la Justicia de la tierra, ni del  
 Cielo. Que asombro! Que mudanza tan  
 repentina! O sumo poder de la Gracia,  
 y virtud admirable de esa Sangre, que  
 corre de esas venas, que viva, que efi-  
 caz eres! Eres mas penetrante, que un  
 cuchillo de dos filos, que alcanza hasta  
 partir el alma, y aun el espíritu. Tu  
 entraste subitamente hasta las coyunturas,  
 y los tuetanos de ese facineroso, separas-  
 te en el lo animal, y liero de lo espiri-  
 tual, y compasivo. Sabiduría increada,  
 Palabra del Eterno Padre, que disciernes  
 los pensamientos, y las intenciones del  
 corazon, y que estás viendo abierto, y  
 patente todo quanto hay en ese Rec,  
 que acaba de confesarte, asi como se  
 abren las entrañas de una víctima dego-  
 llada, resuena yá en nuestros oïdes, de  
 ella inferiremos los motivos de nuestra es-  
 peranza, ò de nuestra confusien. Silen-  
 cio, Amigos mios, porque esta Di-  
 vina palabra, tercera vez se vá à dejar  
 percibir: Yò te aseguro, que hoy es-  
 tarás conmigo en el Paraíso. Oh! Pa-  
 labra de la vida eterna! Tu bastas para  
 hacer

hacer de un Salteador un Santo, de un blasfemo un predestinado, y de un hombre llamado en la ultima hora, uno de los primeros, que entra en la posesion del Cielo. Pecadores, alentemonos, no hay que temer; la generosidad de Nuestro Dios es infinita. Con que prontitud olvida todas las injurias! Este mismo Ladron havia causado su muerte, sus atrocidades estaban sobre el, y excitaban la indignacion de su Eterno Padre contra el Hijo, en quien se complace, y luego que le pide es cido: no solamente olvida los delitos que causaban su muerte, sino que lo premia. Con que ternura profirió: hoy serás conmigo en el Paraíso! Pero temblemos al mismo tiempo, Christianos. Que há merecido el de la izquierda con sus insultos? El desprecio: no oyó la palabra del Padre.

Oh, Dios! quien no se ocupará de un santo asombro! Que idea tan terrible excita lo que nuestra imaginacion presencia! Venida augusta del Eterno Juez, tu eres la que hace ahora palpar nuestro corazon: Dios Santo, é inmortal, en  
me-

medio de los oprobrios de esa afrenta, con que te quisieron cubrir los miseros mortales, te estoy viendo juzgarnos à todos lleno de magestad, y grandeza del mismo modo, que en ese afrentosoadero lo egecutas con esos dos Ladrones. Las palabras que acabamos de oirte, que vienen à ser sinò aquellas llenas de amor, y de union, causa de nuestra felicidad? Venid benditos de mi Padre, queridos de Dios, venid à mi Trono, en el qual estarèis sentados conmigo. Y ese silencio..... ese silencio con el de la izquierda.....! Ah! esto ¿esto no equivale à aquel tremendo: idos, apartaos de mi, malditos? Y à donde há de ír, apartandose de vos, que soys el eterno gozo; sinò al llanto, à la desesperacion, à la rabia, al rechinar de dientes, y al eterno fuego, y furor! Lengua nua enmudeze: estas cosas mas son para meditar, que para proferirse: en esa Cruz està brillando la misericordia eterna, ella nos està llamando, y hablando; pero allí mismo està como en silencio su justicia: esta misma palabra, que él há hablado será nues-

tro Juez, y un Juez, que algun dia nos sentenciarà sin misericordia, como con aquel desventurado acaba de hacer: temblemos à esta separacion, que hará como ahora entre los Corderos, y machos de cabrio.

### TERCERA PALABRA:

*Muger veis ahì à tu Hijo:.....  
Veis ahì à tu Madre.*

**A**Y, amados mios, ! que combate padece ahora el Alma Sagrada de Jesus! Vuestra imaginacion no lo percibe? Sin duda no reparasteis en los tiernos, y amados objetos, que tiene à la vista. No veis su afligida Madre junto à la Cruz, que con la mayor constancia ofrece al Eterno Padre la víctima de su Hijo? Oh! quantas ansias le cuesta! Y allí inmediato no notais al Discipulo, que mas amaba? ¿Con quanto dolor observa los tormentos de su Maestro? Y que os parece, aquella Alma Sagrada permanecerà insensible à vista de su turbacion?

cion? Ay Amigos, que esto es el centro  
de la benevolencia, y del Amor! Aquel  
corazon todo es prodigios. En el tiempo  
en que todos guardan la compasion para  
si mismos, en el que ninguno tiene fuer-  
za, ni valor para pelear en otro; en fin  
en el instante, que va à espirar; dirige  
sus ojos ya apagados, que no se abren,  
sino à esfuerzos del amor, à su Madre  
dolorosa: ésta, ésta es la lucha, que sin  
duda pedese, y que Yo me presumia:  
Sensibilidad Divina, tu por lo mismo,  
que sabes pesar las lagrimas, y el valor,  
que lleva los gemidos de esa Madre,  
quasi ahogada en un mar de tribulacio-  
nes, que mas conmovida, y agitada sin  
duda. El Decreto de mi Eterno Padre te  
entrega à tu complacencia; es preciso,  
que permitas à la desapiadada Muerte usar  
de toda su crueldad, y el amor filial,  
los llantos de su Madre amable, como  
que hacen sus esfuerzos para vencer su  
fuerza: quiere la muerte arrastar ese co-  
razon deudo, y compasivo, y separarlo  
de la Madre, y del Discipulo: el Amor  
no se separa; pero heles, Oh! milagro

del Amor! Oíd como el pacífica esta lucha: este que se há manifestado tan superabundantemente con uno de les mayores peccadores vá declararse en favor de los justos, y avades sayes: oíd con que cariño le dice à su Madre: Muger veis ahí à tu Hijo, señalandole à Juan. Yá que es preciso, que se cumplan los decretos eternos de mi Padre, Yó no puedo dejarte otra prenda de mi afecto mas que à mi Discípulo mas amado: yó sé, que te déjo en él un hijo lleno de respeto, que te deberá servir de consuelo, y amparo en tu Soledad. Y ¿no es ahora, como Lucio al Discípulo, le dice: Ves ahí à tu Madre: à mi Madre misma, que es quanto se puede decir, el mas rico tesoro, que jamás tuvo el Mundo? Que rasgo de generosidad, amades míos! Corazon humano, corazon sensible, corazon tierno, como abres tus senos con los que amas! Como te dilatas con ellos! .... Si hace un rato manifestaste tu benevolencia como un Dios hombre; ahora lo haces como un hombre Dios. Por qualquiera parte que te mirémos

mos eres un prodigio, Salvador mio: esas entrañas compasivas se desprenden de todo por aliviar las cuiras de los dos, que aprecias: Parece te desprendes de tu misma Madre, por darsela à un Amigo, que vés affigido, para que sea su consuelo, y te cambias por este Amigo, para que te substituya en el alivio de tu Madre. Corazones asperos, y feroces, que con ojos enjutos mirais las afficciones de vuestros hermanos? No os ablandaréis al ver este tierno paso? Amistad santa, un solo rayo de tu fuego no bastará para derretirlos como la cera? Orgullosos, que inflados con falsos titulos desdeñais aun de arrojar una compasiva mirada sobre vuestros abatidos hermanos, quanto mas el tenerlos por tales? aun tendréis atrevimiento para apreciar vuestra grandeza, hollando à vuestros semejantes, viendo al Dios, al Señor, al Santo, que iguala asi à la Criatura, al Siervo, al pecador, y lo eleva a ocupar su lugar? Al enlace mas noble con aquel, cuya generacion ninguno puede referir? Oh! Juan, que premio mayor podias aguardar, por amar

à tu Maestro? Dichoso Discípulo, que  
 supiste lograr tal Madre! pero mas felices  
 nosotros: pues su saberlo, logramos  
 en tu persona la misma dicha! Si; no-  
 sotros somos hermanos de Jesu-Christo,  
 y Maria es nuestra madre: Jesus se lo  
 dice à Juan, y en el à todos nosotros.  
 à todos? Todos somos hijos de Maria?  
 Iba à decirlo que si; pero yó observe,  
 que estas divinas palabras se dirigieron  
 al Discípulo, que el amaba, el que lo  
 acompañaba en la Cruz; luego corres-  
 pondiéras el Hijo ¿cómo podremos oír  
 de su boca: ves ahí à su Madre? No  
 acompañándolo en la Cruz, y trabajos  
 ¿à qué fin procurará consolarnos de este  
 modo? Que consecuencia tan fatal, am-  
 arcos tristes! Tú no me amas à sacarlos  
 de lo amargo, para que la meditación  
 os alivie, os acompañe, padecis con  
 él? Ved ahí à vuestra Madre ¿os alie-  
 vian? ¿os acompañan? os consuevan en una  
 vida amarga, ni sois el peso de la  
 Cruz. ¿cuántos podrá Jesus decirnos ved  
 ahí a Madre? No lo dirá: os dirá ved  
 ahí vuestra paz, Maria es Madre de pe-  
 cado-

caidores; pero de pecadores, que quieren arrepentirse. De los obstinados, que dicen que se Yó lo que puede suceder, pero nos exhortamos, llevamos la Cruz, y nada que seguramente se dice de nosotros.

#### QUARTA PALABRA.

*Dios mio, Dios mio ¿por qué  
me has desamparado?*

**F**íeles, que hacéis, que no os levantaís despavoridos? No sentís una voz, y que voz? la del mismo Dios, que os habla por boca de S. Pablo? No os está hablando al oído, y advirtiendovos, que Jesus, llenos sus inefabables ojos de lágrimas, sufre la mayor tribulación? ¿Qué mi Dios, que angustia os atormenta? Parece que el espíritu heroico, y constante, que siempre conservasteis, os quiere desamparar, quando mas lo necesitáis. Hablad, Dios mio: Que voz tan penetrante, y dolorida! No há suspendido vuestro corazón? Que grito tan espantoso! ¿Qué mi Dios, que angustias? Que

des-

desasosiego! Que es lo que os angustia? Que podrémos hacer en vuestro alivio? No nos oís? Oh! Fieles, no lo reparasteis? A mi se me figuró, que sin oírnos, con una ojeada se há mirado desde riba à bajo: como se horrorizó! La vista de un espectro no nos causaría tanto espanto: se le erizan los cabellos à mi ver, de tal modo, que parece, que quieren arrojar aquella corona, que con fieros golpes fué clavada en su cabeza. Que veis en vos, Jesus mio, que os asombráis à vos mismo? Que há de ver? No lo presumís? Vé sobre sí nuestra soberbia, nuestros rencores, nuestras impurezas, nuestros robos; en una palabra todos nuestros delitos. La Santidad misma se vé sin hermosura, cubierta de la fealdad del pecado. Pero el continua en sus tristes reflexiones, levanta les ojos al Cielo! Que pronto les helvió à bajar! No notasteis, que se há cubierto aquel rostro de verguenza? Si, sin duda; las lagrimas, que corren de sus ojos nos la anuncian. El Hijo amado, que era la complacencia de su Padre, en quien siempre fijó los ojos.

porque en el ponía su confianza, al ver-  
 se cargado con nuestras infames enferme-  
 dades; como que no se atreve à mirarlo:  
 su rostro se cubrió de confusion. Pero  
 ahora reparad, como parece, que toma-  
 do un nuevo brío levanta otra vez la  
 vista à su Padre! Que contraste de pa-  
 siones! Que agitaciones padece su espi-  
 ritu! Pero oíd, que con fortaleza le dice  
 à su mismo Padre: Dios mio, Dios mio;  
 per que me haveis desamparado? Que  
 decís Salvador nuestro? Luego ahora no  
 se verifica lo que tenéis dicho: No es-  
 toy solo, porque mi Padre está con-  
 migo? El os há dejado? Ay fieles! si no  
 lo hà hecho; como que se retiró de su  
 Hijo amado; por eso el defiende su in-  
 nocencia, le hace su causa, y le pregunta,  
 porque me haveis desamparado? Hago  
 Yó mas que sufrir, per glorificar vuestro  
 nombre, estos oprobrios? Veís ca mí,  
 mas que la inocencia? Vos sabéis muy  
 bien si soy culpable, no ignoráis, que  
 hé cargado con los delitos de los mor-  
 tales; pero para que? Para sacarselos;  
 ca mi no hay pecado; porque luego ne  
 desam-

Cesarearais, y es hecchis sordo à mis clamores. quando yá me he puesto ronco, y fatigado con las voces, que he dyle al Cielo? Mis Padres clamaron en este tiempo, y facron oídas: Soy Yo menos, que ellos? Yá parece, que no sabo sobre mí mas que vuestro rigor, toda la miseria, y el azote de vuestra ira, con que me herís. Ay amados niños, presenciadmeis hasta ahora, mayor congoja? Oh! pecado! No nos acordá, que sois castigado con un fuego devorador, é inextinguible! Ninguna cosa nos puede hacer ver tu malicia, como el triste espectáculo, que tenemos delante; si solo el compare con si la Inocencia, el hijo del mismo Padre, lo obliga à que no lo mire con compasión; si el tomar exercicio de su fealdad, lleva de rubor à la misma fealdad. ¿quien podrá comprehender tu malicia, aquella malicia, que está en el corazón del que averdillo te comete, y que se carga de ellos sin sentir su peso? Medíanos, y tenemosnos de pavor.

## QUINTA PALABRA.

*Sed tengo.*

**A** Vivad, avivad vuestras reflexiones, no sepáis á cuántos espaldas vuestros pensamientos, mirad, que nuestro Salvador esta pesando nuestros delitos, y lo há casi abrumado en pesa cosas aienta: Que aburdo, que posturo lo há dejado la consideración de los delitos, que si no há cometido! Que asor tan acervo! si há echado fuera su cuerpo: su piel se há desecado como un ladrillo, que acaba de salir del horno, su carne no tiene yá jugo despues de tanta sangre derramada: sus labios están como quemados, y la aridá hizo que la lengua se le pegase al paladar: en una palabra: porque no le queda nada que sufrir, experimenta los ardores de la sed: pero que sed? Una sed, que le hace quejarse sin embargo de haver sufrido tanto sin hablar una sola palabra. No le oís decir en alta voz: 'Tengo sed? Señor, Dios mío, ¿le tenéis agua?', y

fin-

misteriosa: teneis una sed de un moribundo, de un hombre lleno de hiel, y de angustias, que no conoce el descanso; pero teneis otra sed mas ardiente, mas cruel, que los mortales no procuran apagaros.

Oh! mi Salvador, permitid, que sea à mis hermanos en vuestro corazon los tiernos afectos, que os acaloran. Oh! Cielos, que es lo que registra mi debil razon? Quien lo pensará? Christianos, que os precisais de adorar estos mismos tormentos, que conducen à la muerte à nuestra Vida, que os compadeceis de ellos, Vos estais presentes sin disimulo alguno ante esa eterna Sabiduría, vé vuestra compasion, y no obstante dice: Tengo sed: Vé que podeis refrigerarla, y clama: Tengo sed. Oh! que queja contra nosotros! Dejamos morir de sed à nuestro Salvador, y ésta crueldad le dá aun mas sed. Sordido interés, infame Avaricia, tu causas esta sed. Tesoros amontonados para fomentar la Sobervia, è sin el sino alguno, que degradais hasta lo suso la soberanía de la humanidad.

dad; como podiais emplearos en ser un manantial de aguas cristalinas para refrigerar la sed del Salvador! El tiene sed, en sus miembros la padece, sus miserias los desecan, y consumen, y la cabeza tambien la sufre. Pobres, en quienes mas que en otro alguno reside Jesus, si estais sedientos con vuestras congojas, vuestro trenco de quienes soys ramas, tambien lo está: No los refrigerais, Poderosos de la tierra, no mitigais sus congojas? Christo tiene sed; porque todo lo que haceis con uno de sus hermanos, lo haceis con el. Podreis decir que os com-padeceis de el? Vuestras obras os des-nienten: apagad su sed, no le hagais padecer mas. Mirad que para moveros os dice: Tengo sed de vuestra Salvacion mas que de otra cosa. Si conociera, que no era bastante lo que he padecido, tengo aun sed de sufrir mil veces por vuestro amor.

*Te está todo acabando.*

**T**odo está cumplido. ¿Sobiduría inventada, vos lo promulgais? ¿Cumplimiento vá con todo aquello, à que fuisteis embiada? ¿Lo cumplisteis, Dios mío? ¿Luego era necesario todo esto? ¿No bastaba que el Criador viniese à ser Hombre, y un Hombre con todas las enfermedades à él anexas? ¿Era aun preciso, que fuese el Señor el Rey, el Christo despreciado, apatido, y profanado? Pero ¿quien soy yo para entablar estas contestaciones con mi Dios? Pecado, pecado, que horrible ahora te presentas à mis ojos! El designio era destruirte, y para cumplir esto mi Dios... nosotros estamos viendo quanto se necesitó... era necesaria esta honra por eso ha venido. Que exacto soys, mi Dios, en el desempeño de vuestra divina Misión! nada dejasteis de cumplir; pero de que modo? Oh! Bondad de nuestro Dios! de un modo que no se quedase duda, de que vos estáis en el

el Padre, y el Padre está con Vos. Santos Profetas, que certurares de años antes de aparecer este gran Dios anunciareis à vuestro Pueblo toda su vida, y acciones con tales circunstancias, que apenas se pueden llamar profecias, sino una historia de sus hechos, vosotros podeis dar testimonio de el: decid, si desde su prodigiosa concepcion hasta este mismo punto ha faltado à alguna de aquellas, que otros tendrían per merendencias?

Hermanos míos: ¿como ahora penetro vuestros corazones! Yó registro en ellos un deseo vivo, y ardiente de congregar aquí à las falda de este Monte à todos los incredulos, que se hallan por el Universe; pero que Yó los veo en este distrito: cada uno tiene su Biblia en la mano, uno lee los Salmos del mejor de los Poetas, otro el Libro de Isaiás, otro el de Jeremias, otro à Daniel, otro à Zacarías. cada clausula los conmueve, dejan de leer, registran la triste escena, que tenemos delante: continuan leyendo: bien podeis cotejar lo que está sucediendo con lo que se escri-

erivió hace tantos siglos; ni una sola jota le faltará: ya los veo convenidos: llenos de asombro besan el santo Libro, y al mismo tiempo se arrojan en tierra, para reconocer al verdadero Mesías, y adorarlo en este lugar afrentoso. Que agradable ilusion! Oh! Si fuera realidad! Y que le falta para serlo mas, que el que se confronten el Sagrado Libro con estos Divinos hechos, y que sea de buena fé? Ah! esto sucedería sin remedio: Luz Divina, desterrad sus tinieblas. Nosotros que tuvimos la dicha de ver esta luz, de conocer el Camino, la Verdad, y la Vida, no cesaremos de confesarte, que soys Jesu-Christo, el Hijo de Dios vivo. Así lo creemos, Señor; porque tenemos evidencia, de que esto es lo que debemos creer. Creemos, Señor, creemos, aumentad en nosotros la Fé.

*Padre en tus manos encomiendo  
mi Espiritu.*

**S**ilencio, Christianos. \* Ahora es quando mas se necesita vuestra atencion. Yá nuestro Salvador permite que los espíritus vitales le abandonen: mirad, que estos son los ultimos suspiros. No le oís decir: en tus manos: Señor, encomiendo mi espíritu? Pontífice Sumo, según el orden de Melchisedech, así perfeccionas tu mismo Sacrificio por los pecados? Sin embargo de que la Sangre preciosa, que has derramado, santifica yá mas infinitamente, que la de los Toros, y Cerdos, y que es una Hostia sin mancha para nuestra remision; aun quieres hacernos ver mas tu generosidad. Le presentas à tu Padre ese espíritu, esa alma santissima por nuestros delitos. Que mayor amor se puede tener, que el poner su alma por sus Amigos? Esa alma, que ha salido tan perfecta de las manos de vuestro Padre, se la bolveis à él; sabien-

buido, que habeis salido de Dios, os  
 vais a Dios. Pero es Salvador, ¿como  
 os vais iritado contra nosotros? El Duce-  
 dido que nuestras deudas os causaron no  
 nos merecía otro castigo. Mas oh! Extra-  
 ñonda! bebeis mas lleno de Amor,  
 como si os huvieramos ensajado, y tra-  
 tado con el mayor castigo. Vais a pre-  
 veros lugares, para que allí donde Vos  
 estais, estemos tambien nosotros. El pe-  
 didor Pegar con confianza al tronco de  
 la Cruz, para alcanzar misericordia.  
 Jesu-Christo buelve su espíritu al Padre;  
 pero como? como una victima, que eter-  
 namente tendrá à su vista para ardiar  
 en la ignicion. Que Sacrificio tan digno  
 de imitar! Que podemos negarle à quien  
 todo ofrece por nosotros! Cuerpo, San-  
 gre, Vida, y Alma... Oh! Si nuestras  
 Almas fueran ofensas dignas! Si ellas  
 tambien coleren de las sienes de Dios,  
 y deban beber a Dios: pero ay! esta  
 fortuna está descomulgada, nuestras disolu-  
 tiones las pusieron tan horribles, que no  
 parecen sino del Demonio. Lagrimas la-  
 bad esos borrones, recobremos la be-

leza con que Dios nos há formado.  
No haya en ellas mas de lo que há  
salido de Dios, para bolverselo à Dios.

### CONCLUSION.

---

**M**ortales, abrid los ojos: fijad en  
el Cielo oh que asombrò! Aquel  
Dios fuerte, y terrible parece, que se  
descubre en medio de un negro tor-  
bellino: no percibís su robusta voz? oh!  
que voz! lleva consigo una llama pe-  
nettante, que atemoriza, y espanta:::  
Pero que sordos estamos! Apenas la per-  
cibimos! Nada vemos, nada descubri-  
mos: oh mundo! ò placeres, como  
nos tenéis ciegos! Solo vos, Salvador  
mio, lo escuchais, no veis como in-  
clina la cabeza? Ah! que ademan! que  
señal tan clara, de que acabasteis de oír  
los decretos últimos de la Justicia de  
vuestro Eterno Padre! Vos los acetais,  
Dios mio, no podía ser otra cosa.  
Acaso dejará de permanecer siempre su-  
jeta à el vuestra Alma? Ahora mismo

D

pro-

pronuncia el Eterno Padre, lo que pronunciará en la eternidad, para que se egecute en el tiempo: muera mi Hijo, para que se salven los hombres. Oh! Padre Eterno, ni aun á vuestro Hijo perdonais? Que lenguaje tan cariñoso para nosotros, tan severo para un hijo, y tan espantoso para el pecado! Corazones, como no os conmoveis al oír resenar este terrible eco? Mirad, que el se deja percibir en medio de la mas furiosa tempestad: los montes se sacuden unos contra otros, la misma tierra lucha consigo misma, y se estremece al oír esta voz, que rompe los cedros del Libano: La noche arroja al dia de sobre la tierra, y el Sol se oculta de temor. Y nosotros quedaremos tranquilos! Oh! Culpa, lo que has causado! Sentencia rigurosa! Sumision heroyca! Jesus, acetasteis la Sentencia, y ahora vais á ponerla en egecucion. Ay! Amados míos! vuestro silencio, y vuestras lagrimas expresen lo que Yo no puedo proferir; pero mejor será que la Fé, sí; la adorable Fé lo pronun-

nuncie; nuestra lengua, y nuestros sentimientos no son dignos de expresar el último extremo del Amor.

### AL CREDO

que canta la Musica hasta *mortuus est*:

**O**h! Religion adorable! suspende tus melancolicos acentos, si Yó te lo ruego. No hay valor para oírte esas palabras, que traspasan el corazón. Fué crucificado.... muerto.... oh! que palabra de afliccion! Há muerto el Christo? El Señor? El espíritu? El aliento de nuestra boca? Ay! fieles, acabamos de oírlo. No; no tiene duda. Ah! barbara Muerte! Tu espantosa hoz aun no satisfecha de segar generaciones, pudo tener el sangriento atrevimiento de cortar la mas preciosa vida, de marchitar el mas hermoso hijo de los hombres! Pudo llegar à esto tu orgullosa saña! Tu rabiosa sed de sangre pudo darte la rabiosa resolucion de beber la del Autor de la vida! Pero que es lo que estoy delirando? Como me atrevo, ni aun por  
pen-

pensamiento à darte tanta actividad, Muerte horrible, y espantosa? Tu que tronchas los mas robustos gigantes, que tormentas las guerras, y los incendios, y que te haces temer como un Despota de todos los mortales; tienes una mano muy flaca, y debil en la presencia de ese Dios, que acaba de sufrir tus estragos: bien pudiste preparar formidables azotes para desangrarlo, pinzantes espinas, que hiriesen ese delicado cerebro, agudos clavos, que taladrasen sus delicadas manos, y pies, cuyo tormento era capaz de hacer desfallecer con el dolor al mas fuerte::: tu furor siempre quedaria burlado: ese mismo Dios angustiado, y que à nuestros ojos parecia exànime, te intimó que te acercases. Mi imaginacion te me representa aun despues de este divino decreto, toda demudada, tu ferocidad convertida en temer, y respeto: con que trémulos pasos no te dirigiste à esa Cruz! Contemplas ese Sagrado Cuerpo yá debilitado, y empiezas à temblar toda azorada, con ser que apenas parece que tienes en que egerci-

tar tu rabia. Esas secas, y descarnadas manos, que jamas tuvieron miramiento alguno se caen desmayadas por ese esqueleto abajo, que ahora anima mi fantasia. Tu perdiste todo tu atrevimiento, y no pudiste levantar ese fiero brazo para dar el ultimo golpe oh! mi Dios! Vos mismo, Vos mismo quisisteis poner el cuello debajo de su sangrienta hoz; ella sin saber, que hacerse, ni acertaba el modo, tiempo, ni lugar de acabar con esa preciosa vida. Vos se lo ordenasteis, y ella desmayando lo ejecutó. Quanto tenemos que agradeceros! Corazones sensibles, y agradecidos, que nunca olvidais las desgracias que un Amigo ha sufrido por vos involuntariamente, y sin buscarlas, que debeis hacer con este, que busca la misma muerte, se entrega à ella, por que quiere, por nuestra salud? Es preciso, que os liquideis, como la cera, con el fuego de su cariño: El Decreto de vuestro Eterno Padre estaba dado contra los mortales, y vos lo tomasteis sobre vos mismo... Que corazón tan generoso. Y vos, Eterno Padre... Yo quisiera hablaros, y llegar hasta vues-

tro excelso Soglio, oír vuestras divinas palabras para referirlas à todas las Naciones, justificando con ellas vuestro rigor con un Hijo tan amado: permitidme decir mi lenguaje es el del dolor, y de la amargura. Como se há de encender tanto vuestro furor, y tratasteis à ese Señor tan amable, como si fuera vuestro enemigo, nada le perdonasteis, y parece que permitiriais, que se derramasen por la tierra sus entrañas: unas llagas vieron sobre otras, os hechasteis sobre él como un Gigante, y por que? Oh! Dios todo lo há padecido, sin que sus manos cometiesen la menor iniquidad quando os dirijia à vos los mas puros votos. Oh! Tierra no cubras jamas esta Sangre inecente; para que no hallen caverna alguna en donde encerrarse sus clamores. Pero mi osada, è infame lengua se atreve à prorumpir en palabras tan necias? Tus designios están escondidos à todos los hombres, y solo el rayo de tu luz puede hacerlos conocer. Vos amais à vuestro Hijo; no con ternura engañosa, como la de los Padres canales, sino con amor firme, como el nos há amado à

nosotros. Vos soys glorificado en esta muerte, que acabamos de ver, y el es glorificado en Vos; porque la justicia del Padre, y del Hijo queda satisfecha. Si, Divina Justicia, quedais plena, entera, y aun superabundantemente satisfecha: bien pudo toda la carne corromperse en sus pasos, bien pudieron ser excesivos los delitos; la gracia sobrepujó à todo. Este Sacrificio, que acabamos de presenciar ha sido tan agradable à Dios, que há aplacado enteramente su colera, e indignacion, y como podia ser menos, siendo la víctima el mismo Dios? Fieles, tendrèmos ahora, que temer en el dia de las venganzas del Señor? Es verdad, que en aquel dia terrible no habrá alguno, que pueda sacarnos de peligro, un hermano no redimirá à otro hermano, ni habrá hombre capaz de doblar à nuestro Gran Dios, quando llegó su hora; pero despues de esta muerte sagrada, que otro precio mayor se puede dar por nuestro rescate? no; no es la muerte de un hermano; sinó la del que excede infinitamente nuestra naturaleza: no es la de un puro hombre; sinó la de un hom-

bre Dios, Jesu-Christo. El solo pudo ser la Hestia propiciatoria por todos nosotros, y por muchos mas que hubiera. Que consuelo para nosotros, almas Christianas! Quien supiera un nuevo idioma, que expresara el beneficio, que acabamos de recibir! Oh! Bondad! Oh! Bondad, y Misericordia de nuestro Dios! Ah! lengua, que torpe estas, y pesada para referir sus maravillas! Ah! Corazon, que empedernido para deshacerte en lagrimas de amor, y reconocimiento! Pero Yo me adelanto demasiado. A donde estan las del dolor, y de la compuncion? Se puede amar a este Dios tan amable, mirando con ojos enjutos la causa de su muerte sin despedazarla? Ah! quien la cogiera a las manos para hacerla mil astillas! Mortales cerca de nosotros está, está dentro de nosotros mismos. Nuestro corazon, su malicia, su depravacion, los pecados de que hacemos tan poco caso.... Si fué preciso que un Dios fuese muerto para expiar uno solo; esa alma que vos apreciáis tan poco hasta este extremo lo ha llegado. Desmenzemos este corazon partido, fundamoslo

de nuevo, conviértamoslo en corazon de carne, si antes era de acero. Oh! mi Salvador, que sequedad!—que aspereza es la que os manifestamos! Somos peceres que Tigres. Las Criaturas insensibles al ver vuestra ternura, parece que adquirieron sensibilidad: todo se há conmovido. Y nosotros, que somos los mas favorecidos te mirarémos à sangre fria? Oh! mi Dios, si vendrá à ser inútil para nosotros este ultimo suspiro de nuestro Redentor, esta muerte; sin embargo de ser bastante para redimir à todo el Mundo! A donde podrémos buscar el precio para rescatar nuestra vida? La grandeza, y las riquezas podrán servirnos de algo? Ay! eilas mismas nos conducen à la muerte. En Vos solamente hallamos la salud con absoluta exclusion de todo lo demás.

Padre Eterno, Yó me dirigiré à vos, y os presentaré à vuestro Hijo, en este estado à que lo há reducido el amor, y espero, que os enternecerá este espectáculo. ¿Acaso puedo Yó presumir, que hallaré en vos esta misma dureza, que

que vos no podeis perdonar à los hombres? Yá lo hé dicho? Que podeis vos negarme, Dios de toda bondad à la vista de este Cordero, que se há dejado degollar para testificaros su obediencia? Por esta inocente víctima, por sus llagas, y por su muerte, y no por otra cosa, Yó os hago mis ruegos ahora:: Y que es lo que os pido, Dios mio? ninguna otra cosa mas de que no despreciéis los dolores de vuestro unico hijo, que tengais algun miramiento à lo que el há sufrido, y que no dejéis tan grandes meritos sin recompensa. Es digno el Cordero, que há sido muerto de recibir el Poder, la Divinidad, la Sabiduria, la Fortaleza, el Honor, la Gloria, y la Bendicion. Si ciertamente es digno de ser amado, respetado, bendito, y glorificado por todo el Universo. Merece ser el Rey, y el Dios mismo de todos los que el há rescatado. Haced, pues, ò Dios de justicia, que reyne efectivamente sobre todos los corazones, que todos los impíos cambien sus blasfemias en bendiciones, todos los pecadores su obstinacion en ternura, todas las almas debiles, è imper-

fectas su tibieza en fervor, y sus deseos en realidades. Haced, si, Yó os conjuro, Padre Celestial, que todos aquellos sobre quienes fuere derramada esta preciosísima sangre por el Sacramento de la Penitencia, sean verdaderamente purificados, que los halle à todos dispuestos por un dolor amargo de sus culpas, y por un sincero deseo de mudar de vida, para aprovecharse de tan grande beneficio. Sobre todo, Dios mio, no permitais que esta Sangre sirva de condenacion para alguna alma; yá que esto es tan opuesto à la intencion del que la há derramado.

Me dirijiré aun à Vos, ò mi adorable Redentor, sí. Yó os conjuro por vos mismo, por esta sangrienta Pasion, por este zelo infinito, que nos habeis testificado, muriendo por nuestra salud, que hagais percibir, à lo menos à los que me escuchan los efectos de un amor tan generoso, y de una redencion tan abundante. Que, Señor! vos habriais entregado vuestro espiritu, habriais adelantado un precio inmenso, y nosotros no tendríamos mas que unos auxilios, que nosotros mismo haríamos ineficaces! Acordaos, que

antes de vuestra Pasion haveis dicho, que atraeríais à vos todas las cosas, luego que fueis elevado en la Cruz. Yá os vemos colocado en ella. Permitiréis, que Yó os haga memoria de este anuncio? Haced ver, cumpliendolo, que vos soys nuestro Dios: este favor nos dejará mas convencidos de vuestra Divinidad, que al ver eclipsados los Astros, que los temblores de la tierra, y que la resurreccion de los muertos. Tantas personas, como están aquí congregadas no son sinó otros tantos corazones, que no piden mas que ser atraídos à vos, y que están dispuestos à ejecutar las impresiones, que os agradece darles por vuestra Gracia. Atrahedlos, Señor, con aquella dulzura invencible, à la qual sabeis, que ninguna obstinacion puede resistir. Atadles à vos con aquellos lazos, que ninguna inconstancia sabrá romper, dadles por vos mismo todas las bendiciones, que les haveis merecido, las mismas, que Yó les deseo en vuestro nombre para gloria del Padre, y del Espiritu-Santo

AMEN.

A LA BUENA MEMORIA  
del difunto Cura de Arines.

CANCION FUNEBRE.

---

**A** Hora mas que nunca conocemos,  
que es un valle de lagrimas el Mundo;  
pues las cosas en el mas excelentes  
origen de tormentos son fecundo.  
Que tesoro mas rico poseemos  
que Padres, dulces Hijos, y Parientes;  
tiernisimos Esposos,  
y tan raros Amigos? Quien sin esto  
toleraría el resto?  
Mas que bienes son estos engañosos?  
Que propiedad, que fueros  
tenemos, que les hagan duraderos?  
Puede el hombre contento asi entregarse  
à un bien tal, y tranquilo en el gozarse?  
Y pues bien no tenemos,  
Lloremos los de Arines ay! lloremos.

Ay de mi! quien podría al Padre, Esposo,  
y Amigo, que lloramos venerable,  
no

no amar con la intension la mas ardiente?  
 Al abrimos sus brazos tierno, amable,  
 quien podria esquivar e al amoroso  
 pecho, y no embriagarse en el torrente  
 de sus dulzes ternuras,  
 y alli no descansar embelesado?  
 Ay! tiempo regalado!  
 Ay! humano pñcer, quan poco duras!  
 Como encanto alhaguño  
 te huyes, y nos burlas, como un sueños  
 fragante flor, que al Sol en carnia arde,  
 marchita, y deshojada yá à la tarde:  
 yá que perdido le hemos,  
 Lloremos los de Arines, Ay! lloremos.

La Nube al Labrador no así arrebatá  
 la cosecha abundante, qual la Muerte  
 embidiosa segó nuestra esperanza;  
 ay! que el compensará su escasa suerte  
 con la buena sazón de otra inmediata;  
 pero en nuestro infortunio no ay mudanzas  
 el Naufrago portía  
 con las olas hasta el postrer aliento;  
 por que en su vano intento  
 la mas leve esperanza le confía.  
 La esperanza es consuelo

de los mas fieros males de este suelo,  
 alivia la mas grande desventura,  
 ay! del que la enterró en la sepultura!  
 Oh! quanto bien peidemos!  
 Lloremos los de Arines, ay! lloremos.

En que cosas yá alivio encontraremos?  
 Quien nos consolará en pena tanta?  
 Mas nadie venga, y nada, que no quiero  
 del corazon borrar, la Imagen santa  
 causa del triste estado, en que nos vemos;  
 antes la gravaré con mas esmero.  
 Pondré de centinela  
 mi Amor, y Gratiitud contra el Olvido,  
 y el animo affligido  
 toda consolacion siempre repela.  
 Su nido la Aveçilla,  
 olvidará, su amor la Tortolilla,  
 el agua secará, mojará el fuego,  
 quando el llanto troquemos en sosiegos,  
 siempre le llorarémos,  
 Lloremos los de Arines, ay! lloremos.  
 Mas como olvidarémos las señales  
 de un hombre :: ay! no era hõbre; parecía  
 Angel, que bajo el velo humano andaba,  
 enseñaba, guiaba, conducia,

consolaba, y servía à los mortales,  
 su tiempo, ingenio, amor, todo les daba.  
 De su boca hechizera  
 salia de eloquencia un dulce rio,  
 que à nuestros pechos era,  
 como à las secas plantas el rocío.  
 Ay! quan embelados  
 de su voz lo seguimos colgados!  
 Oh! quanto una Virtud sólida, santa,  
 benèfica, sencilla, alegre encanta!  
 Pues tanto amado le hemos,  
 Lloremos los de Arines, ay! lloremos.

Tu virtud no era huraña, Padré amado,  
 pues se mezclaba en nuestras lindas danzas,  
 regía nuestros coros, y escuchaba  
 inocentes tonadas, y mudanzas:  
 Así ha à los Salvages cultivado  
 Orfeo con su Lyra; con su Clava  
 los Monstrues, y Tiranos  
 Hercules arrojó. Con las primeras  
 Artes aun giceras  
 Saturno hizo felices los humanos.  
 Tu nos civilizaste,  
 nuestros animos tescos amansaste,  
 mil abases, y vicios perseguiste,

y de fieros malvados defendiste,  
 y esto olvidar podremos?  
 Lloremos los de Arines, ay! lloremos.

Nos educaste con Doctrina pura;  
 pero aun mas con exemplos admirables  
 de tus virtudes quanto mas sencillas;  
 tanto mas provechosas, y adorables.  
 Enseñabas tambien la Agricultura,  
 nuestras cosas juzgabas, y rencillas.  
 Tu eras nuestra Guia,  
 nuestro Valor, Tesoro, Honor, Modelo,  
 Esperanza, y Consuelo,  
 Medicina, Granero, y Alegria.  
 Ay! decir lo que el era,  
 antes el rubio Febo una carrera  
 concluirá por la Eclypica dorada,  
 aunque la del no fué mas dilatada:  
 Si, nunca acabaremos:  
 Lloremos los de Arines, ay! lloremos.

Ay de mi! Tu esplendor era mas claro,  
 y aquellos florecientes bellos dias,  
 que tu vista nos hizo venturosos  
 se han buuelto en noches tenebrosas frias,  
 qual si muriese à un Navegante el Faro

en un golfo de escollos peligrosos.  
 Otro Sol parece este,  
 y que no ríe, ni florece el prado,  
 que anda triste el ganado,  
 y no ay quien su dolor no manifieste.  
 Por eso no se ausenta  
 en los Campos el nuestro; antes se aumenta;  
 porque à donde ay de mí! à donde vamos,  
 que de ti siempre no nos acordamos?  
 Ni jamás te olvidemos!  
 Lloremos los de Arines, ay! lloremos.

En nuestras casas, eras, prados, fuentes,  
 en agros, campos, montes, y caminos,  
 y en el templo allí donde nos mostraba  
 tu boca los oráculos Divinos,  
 y ofrecías por todos los ardientes  
 Versos, que tu fervor nos inspiraba,  
 y en tu Casa, ay! tu Casa,  
 que siempre estaba abierta noche, y día  
 para quanto ocurría  
 à nuestro cuerpo, y espíritu sin tasa...  
 Que lugar has dejado  
 sin algún beneficio señalado?  
 No ay parte desgraciada, no ay ninguna,  
 en que hecho no nos hayas gracia alguna:  
 nun-

nunca las sumaremos:

Lloremos los de Arincs, ay! lloremos.

Ay! quien podrá sufrir en adelante  
del Invierno las noches largas frías,  
quando entorno tu hogar à todos juntos  
con los Niños, que tanto nos quenas  
el Pan nos alargabas abundante  
de la Santa Doctrina en varios puntos?

Y al fin nos disponías  
algun juego inocente, è ingenioso,  
que esto, Padre amoroso,  
à la humana flaqueza concedías,  
y el público recreo  
desterraba al secreto acaso feo.  
Una hourada familia bien regída  
no está con un buen Padre mas unida,  
huerfanos yá nos vemos:  
Lloremos los de Arincs, ay! lloremos.

Vos los que quereis entronizaros:  
con vuestros mas magníficos ropages,  
y fiera gravedad, y altos renombres,  
y trenes comitivas, y equipages,  
tendréis atrevimiento à compararos  
con el mas popular de entre los hombres,  
quan-

quando à un pobre llagado  
 le hace el lecho, mancha, y compadece?  
 Oh! quanto en esto ciece  
 la Dignidad de Hombre en todo estado!  
 Con su grosero sayo  
 ministrádo un remedio humilde à un payo,  
 era nuestro Pastor mas respetable,  
 que el Mogol en su trono incomparable:  
 sus lecciones tomemos:  
 Lloremos los de Arines, ay! lloremos.

El Bienaventurado, que encamina  
 su caudal, sus cuydados, sus acciones  
 al socorro del hombre, ò à su consuelo  
 es acreedor à sus adoraciones;  
 porque es su Tutor, y una Divina  
 Imagen del Altísimo del Cielo:  
 es su hijo, à quien ama (1)  
 es un pequeño Dios, (2) que vivifica,  
 redime, y multiplica,  
 conserva, auxilia, y dones mil derrama;  
 Sobre las maravillas  
 de Dios, o tu Misericordia brilla (3)  
 y

(1) 1 Jo. IV. 7.      (2) Jo. X. 35.  
 (3) Psalm. CXLIV, 9. XXXII. 5.

y el hombre no es tan grande, tan glorioso,  
 como quando es Misericordioso;  
 pues tanto bien perdemos;  
 Lloremos los de Arines, ay! lloremos.

Que futuros Exemples! que virtudes  
 para modelo nuestro, y de Pastores!  
 Quanto nos has robado, ò cruda Muerte!  
 Porque tu hez funesta no sacudes  
 contra Avaros Sobervies, y Opresores?  
 Su juventud pudiera detenerte,  
 hasta que se nevase  
 su cabeza, y voz tremula, y faltosa,  
 yá aquella hermosa boca,  
 el cuerpo con los años se encorbase.  
 Ay! maduro yá estaba,  
 que en sus floridos años yá brillaba  
 de un anciano la ciencia, y la prudencia,  
 y autoridad, que alcanza la experiencia.  
 Nunca el llanto enjuguemos.  
 Lloremos los de Arines, ay! lloremos.

Mas que será del Mundo si nos llevas  
 los buenos, que la Salton de la tierra?  
 Quien sufrirá su hedor intolerable,  
 si tu olor, ò Virtud, ella destierra?

Buen

Buen Pastor! Tus Virtudes eran nuevas,  
 de ellas indigno el Mundo miserable;  
 pues aquel vituperio  
 del sordido interés autorizado  
 quitaste denodado,  
 que infamaba el tremendo Ministerio.  
 Zeloso lo servías;  
 pues interés mas alto pretendías.  
 Ay! que de tal Pastor no eramos dignos,  
 y aun despues nos hicimos de el indignos!  
 Pues no lo merecemos,  
 Lloremos los de Arines, ay! lloremos.

Mas presto tu dominio se há acabado,  
 è Muerte; pues la palidéz, negrura,  
 y forma cadavérica penosa,  
 con que nos aficaste su figura,  
 se há rapidamente disipado,  
 como la negra sombra al Alva hermosa,  
 quedando en un instante,  
 como una nueva flor, que al Sol estrena  
 de la Rosa, y Azuzena  
 el candor, y la purpura brillante:  
 tan rara gentileza  
 superior fué à tí, Naturaleza.  
 Esta transformacion, signo admirable  
 nos

nos consuela de un modo inexplicable.  
De esto no; no dudemos: (1)  
Lloremos los de Arines, ay! lloremos.

Espíritu gentil, que las prisiones  
del cuerpo trabajado desataste,  
y à la Patria, que siempre nos mostrabas,  
con las alas, que Amor te dió, volaste, (2)  
otros campos yá pisas con canciones  
mas altas al objeto, que cantabas.  
Este es el Bien durable,  
cuya perdida nunca lloraremos,  
si constantes tenemos  
la senda, que has guiado indubitable:  
si lo fragil del suelo  
nos hace suspirar por solo el Cielo.  
Mientras recibe el piadoso canto  
de la Grey, que tu amaste, y tè amó tanto.  
Yá que esto conocemos,  
el Llanto los de Arines yá dejemos.

---

(1) *Isai.* I. 18, *LVIII.* 7. (2) *Rom.*  
*XIII.* 8. 10.

